

## LA HERIDA ABIERTA

Creo que se llamaba Lola. Solía sentarse en un banco de madera, bajo la marquesina del autobús 19. Con un vaso en la mano, lleno de algún líquido infernal; el abrigo raído por los bordes, sin botonadura, un gorro lleno de negro y pelusas, y unas zapatillas que alguna vez fueron de color azul.

Lola era una sonrisa de boba. Parecía una fotografía, una mueca, a un paso de romperse en añicos, como un cristal. Pedía unas monedas, con la mano cerrada, como sabiendo que nada se la podría llenar.

Un día tras otro la encontraba a la salida del trabajo. Nunca me quise acercar, me ahuyentaba su mugre, su posible olor a agrio, hasta aquel 7 de Diciembre, que me paré a esperar el autobús 19.

Fue ella la que se acercó, y me sorprendió con un absurdo olor a violetas, como traído por los pelos... En medio de su sucia soledad, se deslizaba un camino de olor hacia el pasado. Me rozó la manga del abrigo, y me miró, como queriéndome reconocer. Sólo dijo: "Es que aún tengo la herida abierta". La miré buscando el origen de su mal, la enfermedad que la arrojaba un día tras otro a esperar no se qué, en aquella marquesina de aquella parada de aquel autobús.

Quizá fueron los copos de nieve que empezaron a caer y me trajeron recuerdos de otros diciembres llenos de calor, sintiéndome afortunado por tener, al contrario que Lola, algo bueno para recordar.

Le busqué la mano para encontrar una respuesta a aquello que olía a monstruo, por encima de todas las violetas del mundo. Fue un contacto, casi reflejo, las puntas de mis dedos sobre los huesos de su mano, de color azul, y me entró, sin yo querer, un frío como de congelador. Ya no pude volverme atrás, porque la mano de Lola me abría los ojos hacia lugares y momentos

desconocidos, donde ella estaba sin gorro, sin zapatillas, y con la vida aún llameándole en los ojos. La vi esperando a la puerta de una cárcel, y hablando con un hombre, entre barrotes, con un pájaro aleteándole en el pecho. Los ojos de él, oscuros como carbones, con una sonrisa dura, de medio lado, adivinando las grietas, los resquicios de Lola.

Lola se quedó, por así decirlo, plantada ante el altar, a tres días de su boda, con su traje de raso color marfil colgado de la percha, cuando el teléfono sonó anunciando que a Manuel, su Manuel, le habían cogido con la propaganda en el piso, los cócteles Molotov, y las 15.000 octavillas aún empaquetadas... Manuel no era de los que se casan, ni siquiera creía en Dios, sólo tenía fe en sí mismo –decía- y en que el mundo cambiara: “Ni rey, ni patria, ni esclavos” cosas de aquellos tiempos, algo que él llamaba revolución.

La boda era un regalo, porque Lola ansiaba tener un traje de novia, y una familia, sin hijos malditos. Y sobre todo soñaba que ese Dios, en el que ella sí creía, aplacara, con amor, el brillo de rabia que a veces, le salía a Manuel por la frente.

Lola lloró hasta que se le secaron los ojos, pero luego se hizo esposa, amiga, hermana, madre de Manuel, y cada semana lo visitó con su hábito de ropa limpia, con sus cartas de amor, pues Lola aprendió a manejar palabras, a hacerlas bailar a su modo, para inventarle alas y consuelo. Y así año tras año, hasta seis. Lola no conoció a su hombre, sino en sueños: sus caricias suaves, su olor a toronja, la necesidad que tenía de ella, la nobleza impávida de su corazón equivocado...

Ningún hombre se le acercó en esos seis años, porque ella clavó estacas y levantó muros donde sólo Manuel y ella cabían, el uno junto al otro, sólo presos de su propio calor.

Buscó un trabajo de confección textil donde podía no gastar el pensamiento, que viajaba sin cesar a las cataratas de Iguazú, al volcán Poás, a la Gran Piedra, a la cordillera de Boyacá... América era, como para Cristóbal Colón, una tierra prometida, la más hermosa que nunca vieron ojos humanos, donde algún día envejecería sin darse cuenta, con dulzura, al lado de Manuel.

Los años pasaron volando: Así ocurre cuando tienes fe. Las semanas eran hormigas veloces corriendo hacia el hormiguero de los viernes. Y sus cartas, sus poemas, fueron formando una montaña de papel, y desbordaron rincones, gavetas, estantes, paredes y suelos, con un profundo olor a violetas vivas.

Ese es el aire que ella respiró en esos seis años, el olor que salía de las letras, de los nombres, de las conjunciones, de los verbos que ella aprendió a utilizar. El nombre de Manuel estaba escrito 82.324 veces en aquella montaña de papel. Y así, se le fue confundiendo literatura con amor. Él tuvo mil nombres, pero nunca se llamaba frío, ni dolor, ni violencia, ni ausencia. Ella lo hizo invento sin darse cuenta. Cada viernes desfiguraba sus ojos y su risa, y sus palabras, haciéndolos brillo de estrellas, mentira buena, sueño imposible.

Cuando Manuel salió, con arrugas cosidas a la piel, su olor no era a violetas, sino a perro viejo. Ya no creía en nada, ni siquiera en sí mismo. Pero Lola tenía aquella montaña de papel para nadar con él a la luz de la luna y devolverle la razón, y dos pasajes comprados para San José, para tostarse al sol, mojarse en lluvia, y curarse en besos, seis años de soledad.

Aquel 19 de Noviembre estaba encendida la estufa de gas, y Lola había puesto en la cama, sábanas bordadas. El olor a violetas era tan fuerte que se colaba por las rendijas de las puertas cerradas, le daban sabor al potaje preparado, y ahogaba los pulmones como cosa buena, oxígeno necesario para vivir.

Pero Manuel sentía ganas de vomitar con aquel olor dulzón, y abrió las puertas y ventanas, y sacudió la cama, y desordenó poemas y cartas. Y la miró. Y ella pensó que había llegado por fin el momento de su premio, el de los dos, por su fiereza, y su paciencia. Manuel tenía una huída en los ojos que ella nunca conoció, parecía que miraba sin ver, y Lola comenzó a besarle como siempre había imaginado, para reconocerle, para abrirse paso, para saber de él. Y él no respondía a sus besos, tenía la piel dura, como el metal. Sólo acertó a llevarla contra la pared: la cama olvidada, los bordados marchitos, el olor a violetas echado a perder...

Ella se obligó a caer de rodillas, y acercarse a aquel animal, quizá herido, pero sobre todo, ciego, para adormecerlo, callar su voz, sacarle la vida y huir de aquella pesadilla.

Los huesos de la mano de Lola aferrados a mi brazo se vuelven negros cuando me muestra, a través de un frío imposible, la pintura de su fracaso. Su pecho, atravesado por dientes, las marcas de las prisas en la piel y la herida de su fe inamovible buscando un camino de huída sin retorno. Las manos y la boca de él traen recuerdos de cárcel, o quizá de aquella mujer que compartió con él esa violencia, ese deseo que emborracha, nubla los ojos, te ata, te magulla, te corta los hilos del alma, y que algunos llaman amor.

Lola se para un momento y le dice a su corazón que no se equivoque, que sólo es un hombre asustado, que no tiene, como ella, cuentos acumulados hora tras hora, echando dobladillos, pegando mangas y dejando volar sueños. Quiere pensar que mañana volverá a lucir el sol, y - Dios la perdone- querría que Manuel volviera a prisión para poder seguir inventándolo seis años más.

Pero así, con las ventanas abiertas, el olor a violetas se escapa como un ladrón. Y ya no sé si es fantasía o realidad, que un viento huracanado entra en el cuarto, haciendo remolinos en los papeles y llevándolos hacia el horizonte, perdiéndose las palabras, los nombres, los pronombres, los verbos de su

espera. Manuel ahora duerme con los zapatos puestos, su boca babeando los bordados de la almohada. Lola se encoge, como un enano, en un rincón vacío,

Y después la veo salir de su casa, con las zapatillas, coge un gorro al azar, -porque es de noche y huele a escarcha-, y el abrigo aún con botones. Lo mismo que le veo día tras día, en la marquesina del autobús.

Me atrevo a mirarla, viéndola por primera vez, y me doy cuenta que un hilillo de sangre le mana, constante, de algún lugar escondido de sus recuerdos. Sin saber cómo, le digo: "Escribe, Lola, tienes que escribir" Y ella me regala un atisbo de sonrisa y dice: "He olvidado la clave, el baile de las palabras que les hace buscarse, separarse, abrazarse, y hacer mentiras que nos permiten sobrevivir..."

Me da tanto miedo la música disonante de sus frases – lo importante no es lo que dice ni lo que calla, sino ese runrún de palabras que parecen no encontrar ritmo ni melodía- que sólo espero, impaciente, la llegada del autobús entre los copos de nieve que ya caen como lechuzas blancas. Sólo pienso en huir de esa mujer que se llama Lola – o quizá no - de su historia simplona y triste, con su hilillo de sangre, con su herida abierta...

Bajo la marquesina de la parada del autobús 19 hay una mancha oscura. Los servicios de limpieza pasan una y otra vez desde que Lola ya no está, pero la mancha vuelve a salir, es una herida grande, abierta, en el pavimento de una ciudad cualquiera, en un mundo cualquiera, lleno de hombres y mujeres heridos e indefensos.